

Como un designio, una suerte de presagio. A la manera de una tragedia clásica, no en su calidad de anunciación dolorosa sino, más bien, de destino irrenunciable, de obligación ineludible, placentera quizás, reveladora. Pintar a pesar de todo, desde niña y desde siempre, desde que Beatriz Simón recuerda. Dibujar hasta saturar cuadernos, dar cuenta de toda superficie hasta el regaño. Abandonar otros quehaceres para pintar, ilustrar su vida, la necesidad urgente de testimoniar esa expresión que da cauce al tiempo, su tiempo.

Desde ahí pinta Beatriz, desde la cotidianidad de su mundo que, en ese entonces, sin maldad o desdén, no consideraba prioritario el arte, la creación. Sin embargo Beatriz no sólo pinta, se pinta ella como alegoría de las mujeres, de los seres humanos, se pinta ahora, de vez en vez, con sus hijas. Emerge con cierta timidez del lienzo. No siempre acaba de salir, aparece con recato, no deja de ser parte del cuadro. Nunca se desprende del abstracto que le sirve de telón y del que emana.

Como si quisiera volcar el alma sobre la tela, no sólo la pinta, la rasga, la chorrea, escribe frases, palabras sueltas, textos que solamente, en ocasiones, ella entiende. Asume esta posibilidad plástica como un todo expresivo desde el que ella se puede mirar, reconocer, entender. Una ventana a la que nos asomamos todos los que de alguna manera, al observar sus lienzos, la podemos comprender y nos podemos identificar.

Tocándome el alma es el título de esta exposición pero también el de un cuadro que expuso en el 2003 en Casa Lamm, es una declaración de su manera de enfrentar la pintura, de compartir con nosotros su trabajo, descarnada, tal vez, pero siempre honesta.

A propósito de esta muestra Beatriz Simón escribe: Pensamos que la paz es un lugar quieto, silencioso, es la ausencia de trabajo y de problemas, nos desgastamos tanto para encontrar total quietud en nuestras vidas, por qué no intentar vivir en paz y armonía en donde estamos, en medio del ruido, del trabajo y de los problemas.

Esa actitud de Beatriz Simón, pintora casi autodidacta, la llevó a participar de los talleres de Ana Gojman, Eva Marcovich, Luis Granda, Pedro Xtillida y, más recientemente, de Walter Boelsterly e Ignacio Salazar.

Tocándome el alma es una invocación, un conjuro, una promesa, la honestidad gloriosa de la pintura de Beatriz Simón, una fiesta del espíritu, una celebración.

Marco Vinicio Barrera
Ciudad de México
Septiembre de 2008.